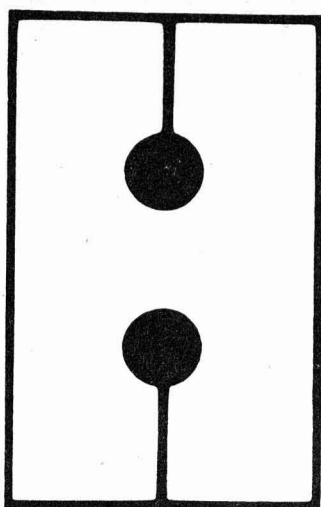


Presentación y traducción de
Enrique Zulbarán



OMERO: LA ILIADA (CANTO XXII)

La obra homérica puede ser vista desde diversas perspectivas. En épocas pasadas ha preocupado más el testimonio histórico que ofrece la obra y la autenticidad de la misma. Pero las antiguas disputas establecidas entre unitarios y analistas han desembocado en considerar como verídica la existencia de Homero y en considerar la necesidad de analizar su poesía como obra de arte antes que como documento histórico. Esta situación hace aún más veraces las palabras de Muschg: "Cuando todos los conceptos históricos se han vuelto dudosos y se han convertido en ruinas todas las torres babilónicas, aún queda la obra de arte poética, con cuya explicación aislada se contentaron durante siglos sus admiradores, antes de que apareciese la crítica histórica."

Y es que la obra poética ciertamente se da condicionada por circunstancias externas, pero su esencia va más allá de cualquier definición o condicionamiento, surge de una necesidad interior del poeta por transmitir la emoción.

Homero se enfrenta al mundo y lo descubre lleno de energía, siente la necesidad de descomponer las cosas en sus diferentes elementos constitutivos y en sus momentos sucesivos, para hacernos partícipes de la emoción. Por eso hace tan repetido uso del símil; no es sino un intento por transmitir la emoción de las cosas, pues el Poeta es tan hábil que su emoción personal queda oculta en la inmutabilidad que le ofrece la rítmica del verso, porque él únicamente desea cantar los hechos gloriosos de los héroes y describir el enfrentamiento de éstos con la realidad cósmica.

Se ha llegado a decir que Homero se asoma al mundo como un hombre primitivo que lo descubre con ingenuidad. Pero antes que primitivo debemos llamarlo primigenio, pues sin duda los griegos no hubieran llegado a ser lo que fueron sin el Poeta que señaló los rumbos de la "aventura"¹ y en consecuencia, nosotros mismos no seríamos lo que somos, puesto que "la humanidad está integrada en grandes círculos de pueblos y culturas derivadas de una cultura prototipo, que es recibida y recreada de acuerdo con las peculiares esencias del genio de cada pueblo", y esa cultura prototipo es la griega.

Pero tampoco es posible hablar de ingenuidad homérica, porque lo que a primera vista parece ingenuo no es sino un intento, de todas maneras consciente, por comprender y explicar el porqué de la existencia humana; que a nosotros nos pueda parecer ingenuo es un error de apreciación. Es querer juzgar a Homero con nuestra mentalidad contemporánea, olvidando lo que el Poeta representa como mensajero del despertar humano y como primer intérprete de la realidad, pues no es mera casualidad que el ciclo épico anterior a él haya desaparecido y que se hayan podido conservar la *Iliada* y la *Odisea* como tampoco es casualidad que los diferentes pueblos helenos aceptaran a Homero como su maestro y desearan ardientemente que su antepasados figurasen en sus epopeyas, no importándoles, muchas veces, interpolar versos que ensalzaran sus propias ciudades y héroes.

Y es que la *Iliada* y la *Odisea* llegaron a ser verdaderas epopeyas nacionales, no gracias a la visión primitiva o ingenua del Poeta, sino a una visión tal, que el mismo tiempo que permitió a Homero ordenar al mundo por primera vez, convirtió su obra en ese "mar de poesía" que le ha permitido sobrevivir, "¡Milagro de la Traditio!", dos mil ochocientos años de recitación y lectura ininterrumpida.

La obra homérica es la culminación de una tradición secular, más aún: es culminación y principio, y por citar un ejemplo, allí está *Alsina*, que ve anticipado en Homero el "mundo de las ideas" de Platón, en el sentido de que toda acción importante que ocurre en el mundo terrestre de Homero tiene su contrapartida en el mundo de los dioses.

Pero las virtudes que se han conjugado en Homero para hacer de su obra lo que es —fin y principio, milagro de la Traditio— han sido cuatro: su oficio de aedo; la inspiración de la Musa; la medida constante del hexámetro y su lengua poética.

Homero pertenece a la raza de los aedos, aquellos poseedores de "cordura de mente" y "belleza del lenguaje", aquellos "divinos" consagrados por los dioses y elevados a la misma categoría de reyes y sacerdotes.

El lenguaje del aedo, lenguaje poético, manifestaba una capacidad especial de aprehender la realidad, de transmitir la emoción, el raciocinio y la intuición integrados de tal modo que, ampliando la visión de la realidad, el poeta se convertía en descubridor de verdades y era capaz de penetrar en los enigmas que escapan al pensar lógico. Sin embargo, Homero sabe que no es exclusivamente el oficio de aedo lo que se necesita para el acto creador, sino la inspiración de la Musa, deidad que las más de las veces habla en su boca y que otras le ayuda a decir la verdad.

Homero, al igual que Demócrito, sabe mejor la tradición y por eso es capaz de contarla persuadiendo. Los dos son "sacerdotes de la palabra" capaces de ver y de entender el mundo más claramente que lo haya visto y entendido nadie y, paradójicamente, los dos se nos presentan ciegos por voluntad de la Musa: es el precio que deben pagar por la inspiración y el canto.

El don que recibe Homero de la Musa no consiste en una revelación cosmogónica como la que cree recibir Hesíodo, ni tampoco se siente profeta de la Musa como Píndaro, ni es un poseído "a la manera de las bacantes", como creía Platón, pues él, a pesar de que recibe de la Musa un conocimiento supranormal, no cae en éxtasis ni es poseído por ella. Por eso la creación homérica es lúcida, explicativa y persuasiva: tal es el don de la Musa, don que eleva a Homero por sobre el común de los mortales.

Inspirado por ella, el Poeta lograba descubrir la intervención de los dioses en la vida del hombre y lo inexorable del destino "descubría, no inventaba y de ninguna manera mentía", porque para Homero inventar detalles que ayudaran a la narración era

¹ "Cuando nace la literatura propiamente dicha, es decir el arte reflexivo de la composición y del estilo, obra enteramente personal y que coincide en todas partes con el advenimiento de la prosa... la epopeya muere o por lo menos se transforma. Unas veces, se combina con la poesía lírica, como vemos en las *Odas Triunfales* de Píndaro... es maestra de la vida en Hesíodo, o intérprete del pensamiento filosófico en la poesía física de

Empédocles y Parménides; otras veces se convierte de narrativa en activa y los dioses y héroes de la epopeya... pronuncian las aladas palabras que en su boca ponen Esquilo y Sófocles. Y no paran aquí las transformaciones del genio homérico, que es a modo de río inagotable para el pensamiento y el arte de la Hélade..." M. Menéndez y Pelayo: *Orígenes de la novela*, Vol. I, pp. 9-10.

revelar la verdad. El confía en la Musa cuando la invoca y recibe su ayuda; no piensa —como Hesíodo— que la Musa pudiera mentir “imitando la verdad”.

Homero sabe contemplar en todos sus pormenores la realidad sensible, observa no sólo el orden natural, sino también el sobrenatural, como cuando el Janto sale de su cauce y persigue a Aquiles, o cuando el caballo del héroe, también llamado Janto, adquiere milagrosamente el don del habla y profetiza la muerte de Aquiles.

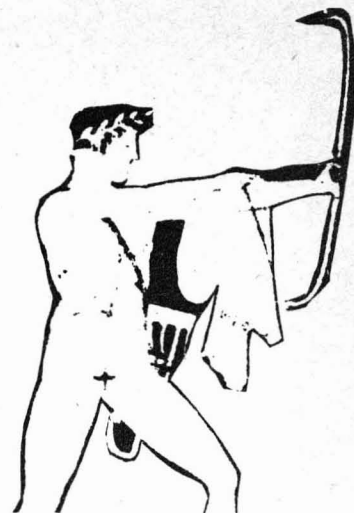
Homero observa, es vidente, pero nos parecerá minúsculo aquel disco de unos dos mil kilómetros de radio que constituye todo su mundo y sin embargo, a pesar de ese mundo estrecho —o quizá precisamente a causa de él— su obra pudo señalar el rumbo de la civilización helena, pues gracias a la amplia visión de ese mundo, de esa realidad, el Poeta puede concebir al hombre y al mundo como “espejos que se confrontan y descifran mutuamente”.

Homero es capaz de contemplar y transmitir las cosas que vuelven una y otra vez, que son siempre iguales, y que participan de las mismas o muy semejantes emociones. Para él no es monotonía el uso de fórmulas estereotipadas; “la aurora de rosados dedos” y el “sueño, hermano de la muerte, que afloja los miembros”, siempre serán los mismos, pero Homero contempla estos fenómenos como si día a día descubriese sus efectos. De ninguna manera es monotonía; son momentos dignos de sentirse y apreciarse siempre, pues él no contempla la naturaleza inerte y por sí misma, sino en relación con las acciones y afanes del hombre. Y no es que para Homero la naturaleza actúe en dependencia del hombre, sino que sabe contemplarla como telón de fondo de los actos humanos y como parte integrante del todo.

Para Homero la vida no es un río que fluye interminable e incomprensiblemente; ni busca únicamente lo imperecedero: cada día, cada recuerdo, cada objeto, cada acto, tienen y manifiestan el valor inapreciable del presente. Por eso Homero es capaz de ver a los hombres, a los cuales ama, percederos, de existencia breve, cuyas generaciones nacen y mueren como las hojas de los árboles que brotan cada primavera. Para él la muerte y la vida el gozo y el sufrimiento están unidos indisolublemente. Y si acaso alguien pudiera decir que “en el seno de la vigorosa luminosidad del mundo homérico late, invencible, la melancolía”, pienso que la visión del Poeta sobre su mundo es tan amplia que no late en su obra sino la vida misma, conflictiva a veces, armoniosa, melancólica, alegre o triste otras más, y él, como verdadero poeta, es capaz de transmitir los matices de la emoción en el momento mismo en que se producen. Con singular maestría deja que el sentimiento se produzca espontáneo en sus oyentes a partir de su relato; por eso no es posible decir cuál tono emocional es el más constante, porque en su obra el carácter dramático centrado en un conflicto humano es lo que le da unidad, mas no la tónica definitiva.

La medida constante del hexámetro permite a Homero perma-





necer ajeno al acontecer mismo asegurando su identidad en la rítmica del verso.

Su persona desaparece detrás de sus personajes y puede ver lo existente en su realidad eterna y momentánea, puede ver las situaciones y los sentimientos que recurren sin cesar. Como dijera Schuré, tomando una imagen de la mitología india:

"Homero contempla el velo ondulante de Maya, sobre el que todos los seres se agitan sin sospechar el cuerpo misterioso de la diosa, ni su penetrante mirada que a veces produce la muerte."

Traducir es un problema de equilibrio. Es un querer ser fiel a la lengua a traducir y a la lengua a que se traduce. A veces somos fieles a una y a veces a otra, pero las más de las veces a ninguna. Siempre habremos de sentir la traducción como el "peligroso viaje" a que alude Alfonso Reyes.

Al traducir un poema en prosa se destruyen sus efectos de ritmo y metro. Pero esto no quiere decir que traduciéndolo en verso logremos conservar tales efectos, pues es evidente que de todos modos se destruyen, porque "los sentidos del poema son múltiples y cambiantes, las palabras del mismo poema son únicas e

insustituibles. Cambiarlas sería destruir el poema. La poesía, sin cesar de ser el lenguaje, es un más allá del lenguaje." Por próximas que sean las lenguas, nunca existirán correspondencias exactas, y en el caso de la lengua griega el problema se agrava debido a sus conceptos de valor unitario —tan lejanos a los nuestros—, a su libertad sintáctica, a su rica variedad de monosílabos de sutiles matices, etc.

Traducir la lengua griega es, en efecto, "más difícil que encerrar al genio en la botella". Y aunque sólo podamos mostrar en esta traducción una pálida imagen del original, puesto que "es más fácil robarle a Hércules su clava, que a Homero un solo verso", hemos adoptado el sistema silábico-acental de medida oscilante entre trece y diecisiete sílabas, con cesura o pausa intermedia móvil, y el final acental adonio, por parecernos el más aproximado —dentro de las limitaciones de la lengua castellana— al ritmo hexamétrico original, (los cuatro primeros pies del hexámetro pueden ser dáctilos o espondeos, sólo quedan fijos el dáctilo y troqueo finales, de manera que el verso oscila entre 13 y 17 sílabas.), pues lo importante de la traducción es que "se dejen entrever las esencias lejanas, darle al lector las nostalgias de ellas". Creo que este sistema lo logra.

Homero: *La Iliada* (canto XXII)

Y habló el primero el padre de hombres y dioses:

"¡Oh dioses, a un caro varón perseguido en torno del muro veo con mis ojos! Y mi corazón se lamenta por Héctor, que me ha quemado muchos muslos de bueyes (170) en las cumbres del Ida sinuoso y, otras veces, en cambio, en la acrópolis; ahora el divino Aquiles lo sigue en torno a la ciudad de Príamo con pies presurosos. ¡Vamos! Deliberad y considerad, oh deidades, si lo salvaremos de la muerte o en este momento lo rendiremos al Pelida Aquiles, aun siendo esforzado." (175)

Y respondióle Atenea, la diosa de ojos brillantes:

"¿Qué dices? ¡Padre de nítidos rayos y nubes sombrías! ¿A este hombre mortal, tiempo ha por el sino marcado, de nuevo quieres librar de horripalante muerte? Hazlo, pero no te lo apróbaremos todos los dioses." (180)

Y respondiéndole, dijo Zeus que amontona las nubes:

"Confía Tritogenia, hija mía, con mente resuelta no hablo y quiero ser complaciente contigo: Obra según sea tu deseo, no tardes más tiempo." (185) Hablando así, incitó a la ya impaciente Atenea

que descendió arrojándose desde la Olímpica Cumbre. Y acosándolo, perseguía el veloz Aquiles a Héctor Como en el monte el perro sigue al cervato, hijo de cierva, que levantó de la cama, a través de cañadas y cuestas, (190) y aunque agazapado bajo un arbusto éste se oculte, aquél hasta que lo descubre, rastreando corre incesante; así Héctor no se ocultaba del rápido Aquiles. Tantas veces como quería las Puertas Dardánias directamente alcanzar, al pie de las sólidas torres, (195) por si los teucros de los alto disparaban sus flechas, tantas otras, adelantándose lo apartaba de frente hacia el llano. Y Héctor cerca de la ciudad siempre volaba. Como en un sueño no es posible alcanzar al que huye, pues ni uno puede huir del otro, ni el otro alcanzarlo; (200) así no lo podía alcanzar con sus pies, ni éste escaparse. ¿Cómo hubiera escapado Héctor a las Keres de muerte, si por postrera y última vez Apolo no acude de cerca e infunde vigor a sus veloces rodillas? (205) El divino Aquiles con la cabeza negaba a sus huestes, no permitiéndoles lanzar contra Héctor saetas mortales: ¡No se gloriase alguno al matarlo y él llegara el segundo! Pero cuando por cuarta vez a los veneros llegaron, en ese momento el padre Zeus tomó su áurea balanza y puso en la misma dos Keres de soporífera muerte (210) una de Aquiles y otra de Héctor domador de caballos.



La elevó por el centro y el fatal día de Héctor descendió al Hades y Febo Apolo dejóle al instante.

Atenea, la diosa de ojos glaucos, alcanzó al Pelida y acercándose le dijo estas aladas palabras:

(215)

“Espero que nosotros dos, caro a Zeus, ínclito Aquiles, ganemos gran gloria para los aqueos, junto a las naves, matando a Héctor aunque sea insaciable en la lucha. No es posible que ahora a escapársenos llegue ni aunque el arquero Apolo, a hacer muchas cosas dispuesto, (220) se postrase ante el padre Zeus que la égida lleva. Pero detente y respira; para que Héctor contigo contienda frente a frente yo iré a engañarle.”

Así dijo Atenea; él obedeció y alegre en su alma se detuvo y apoyóse en su lanza de punta bronceína. (225) Ella dejóle y alcanzó a Héctor divino, y a Deífobo parecida en el cuerpo y la voz poderosa, deteniéndose cerca, dijo estas aladas palabras:

“¡Querido hermano! Mucho te acosa el rápido Aquiles persiguiéndote en torno a la ciudad con pies presurosos, vamos, detengámonos y perseverantes luchemos.” (230)

Entonces el gran Héctor de tremolante casco le dijo:

“¡Deífobo! Desde antes para mí el más amado ya eras de los hijos que Hécuba y Príamo al mundo trajeron, pero desde ahora en mi corazón más debo apreciarte porque te has atrevido, cuando con tus ojos me viste, a salir del muro mientras los otros esperan adentro.” (235)

Y respondióle Atenea, la diosa de ojos brillantes:

“¡Querido hermano! Mucho el padre y la madre sagrada me rogaron por mis rodillas, y también los amigos, (240) para que allí me quedase — ¡de tal modo están temblorosos! — pero allí se afligía mi alma por dolor lamentable... ¡Mas ahora valerosos luchemos de frente, las lanzas no estén en reposo, para que veamos si Aquiles matándonos se lleva nuestros sangrientos despojos a las cóncavas naves o si por tu lanza se abate !” (245)

Y Atenea lo precedió así hablando con dolo... Y cuando ellos, marchando uno contra el otro cerca quedaron, el gran Héctor, de tremolante casco, dijo al primero:

“¡Hijo de Peleo, como ahora ya no he de temerte! (250) En torno a la gran ciudad de Príamo he huído tres veces y en ninguna osé esperar tu ataque, el alma me induce ahora a resistir contra tí, ya sea que te mate o me mates.

Ea, añadamos aquí a los dioses, serán los mejores y certeros testigos de nuestros acuerdos: (255) en verdad yo no te ultrajaré cruelmente si Zeus me da supremacía y la vida te arranco, sino que tras quitarte tus célebres armas, Aquiles, daré tu cuerpo a los aqueos. Haz tú lo mismo conmigo.”

Y Aquiles veloz de los pies, mirando con furia le dijo : (260)

“¡Aborrecido Héctor, no me anuncies convenios! Así como no hay fieles juramentos entre leones y hombres, ni lobos y corderos tienen alma de igual sentimiento, sino que piensan sin cesar mutuas desgracias; así, no es posible tenernos afecto. Entre nosotros (265)

no habrá juramentos, hasta que uno de los dos feneciendo
sacie de sangre a Ares indomable guerrero.

¡Reúne toda clase de valor, lo que ahora te cumple
es ser belicoso y resuelto guerrero!

¡No tienes escapatoria, Palas Atenea enseguida
te domará con mi lanza y pagarás todos los males
de mis amigos, los que con tu lanza mataste furioso! ”

(270)

Habló así, y blandiendo su sombrilarga lanza arrojóla,
y viéndola enfrente la esquivó el espléndido Héctor:
se inclinó evitándola y el bronce voló por encima,
se clavó en tierra y Palas Atenea arrancólo
y lo dió a Aquiles, de Héctor, pastor de pueblos, oculta.
Y al irreprochable Aquiles díjole Héctor:

(275)

“¡Herraste porque nada, oh Aquiles semejante a los dioses,
te ha revelado Zeus de mi suerte como afirmabas;
sino que fuiste en palabras hábil y astuto
para que temiéndote olvidara mi valor y mi fuerza!
¡No me hundirás huyendo de tí tu lanza en la espalda,
cuando ardiente vaya en tu contra atraviésame el pecho
si te lo concedió un dios! ¡Ahora desvía mi lanza
de bronce, ojalá la recibas entera en tu cuerpo!
¡Para los troyanos será más fácil la guerra
al morir tú, pues eres para ellos su mayor sufrimiento! ”

(280)

(285)

Habló así, y blandiendo su sombrilarga lanza arrojóla,
dio en mitad del escudo del Pelida: no había fallado,
mas la lanza botó lejos del escudo y Héctor, furioso
porque en vano el veloz proyectil escapó de su mano,
quedóse turbado pues no tenía otra lanza de fresno.
Y a Deífobo de blanco escudo llamó gritando con fuerza,
pidiéndole una larga pica; mas él ya no estaba a su lado
Y dijo Héctor, que en su corazón comprendió su destino:

(290)

(295)

“¡Ay de mí, ya los dioses a la muerte me llaman!
He creído que el héroe Deífobo estaba a mi lado,
pero él está dentro del muro. Engañóme Atenea
y ahora está cerca la funesta muerte, no tarda
ni hay refugio, pues tiempo ha que esto era grato
a Zeus y al hijo de Zeus, al Arquero, que antes
benévolos me han protegido. ¡Ahora me alcanza la Moira
pero en verdad no moriré sin luchar y sin gloria,
sino haciendo algo grande que los venideros conozcan ! ”

(300)

(305)

Hablando así, desenvainó la espada cortante
que de su costado pendía grande y pesada,
y encogiéndose se arrojó como el águila leve



que descende a la llanura, a través de nubes sombrías,
para arrebatar tierna oveja o tímida liebre;
así, Héctor se arrojó blandiendo la espada cortante.

(310)

Y arrojóse Aquiles, el corazón rebotante de furia
salvaje, como defensa antepuso al pecho su escudo
bellamente labrado y agitaba su lúcido casco
de cuatro bollones y oscilaban las magníficas crines
de oro que en la cimera sujetó abundantes Hefesto.
Como avanza entre los astros en el abismo nocturno
el Véspero, el astro más bello que se alza en el cielo;
así, salía un resplandor de la aguda punta que Aquiles
blandía en la diestra al pensar en dañar a Héctor divino,
viendo en su hermoso cuerpo dónde más vulnerable sería.
Cubrían casi todo el cuerpo de aquel las armas bronceas
y bellas que al poder de Patroclo arrancó tras matarle,
mas veíase donde las clavículas el cuello separan
del hombro, la garganta, donde es ruda la fuga del alma;
ya atacaba, allí hirióle con su lanza Aquiles divino
y atravesó el delicado cuello la punta,
mas no cercenó la tráquea el fresno cargado de bronce,
para que respondiendo con palabras algo dijera.
Cayó en el polvo y se jactó Aquiles divino:

(315)

(320)

(325)

(330)

“¡Creías, Héctor, después de despojar a Patroclo,
que salvo serías! No me temiste pues lejos estaba.
¡Necio, lejos de él como vengador vigoroso
yo quedaba detrás, en las cóncavas naves,
yo, que aflojé tus rodillas! ¡Perros y buitres
te destrozarán sin honor, y a él honrarán lo aqueos! ”

(335)



Y Héctor de tremolante casco sin fuerzas le dijo:

“Te suplico por tu vida, por tus rodillas, tus padres:
¡No permitas que los perros junto a las naves aqueas
me devoren! Acepta en abundancia el bronce y el oro
que como dones te darán mi padre y mi madre sagrada.
Mi cuerpo devuelve a mi morada, porque del fuego
me hagan partícipe los teucros y sus esposas, ya muerto.” (340)

Y Aquiles veloz de los pies mirando con furia le dijo:

“¡No me supliques, perro, por mis rodillas ni mis padres! (345)
¡Ojalá me incitaran el furor y el coraje
a cortar y a comer cruda tu carne, por cuanto me has hecho!
No habrá quien aparte de tu cabeza los perros,
ni aunque diez o veinte veces el debido rescate
aquí traigan y pesen y demasiado prometan, (350)
ni aunque a peso de oro tu rescate ordenase
el Dardánida Príamo, ¡ni así la madre sagrada.
que te parió te llorará en fúnebre lecho,
sino que perros y aves te destrozarán por entero!”

Y Héctor de tremolante casco moribundo le dijo : (355)

“¡Te reconozco bien al mirarte, no era posible
persuadirte, pues hay un corazón de hierro en tu pecho!
¡Guárdate de que yo no te atraiga de los dioses la cólera
el día en que Paris y Febo Apolo, aún siendo esforzado,
habrán de matarte ante las puertas Esceas!” (360)

Al decir esto el poder de la muerte cubrióle,
su alma volando del cuerpo al Hades había llegado,
llorando su suerte por dejar su juventud y su fuerza.
y aunque ya había muerto, el divino Aquiles le dijo:

“¡Muere ya, que yo habré de aceptar mi destino (365)
cuando quiera ordenarlo Zeus y los demás inmortales!”

Así dijo, y arrancó del cadáver la lanza broncea,
la puso a un lado, y de los hombros quitóle las armas
ensangrentadas. Acudieron los otros hijos de aqueos
y contemplaban la estatura y figura admirable (370)
de Héctor, y ninguno sin herirle acercóse.

Y aún hubo quien, al mirarle, a su vecino dijera:
“¡Oh dioses! Ahora sin duda más blando se muestra
Héctor que cuando las naves incendió con fuego inflamado.”
Así decía alguno, y acercándose hirióle. (375)
Y cuando lo despojó el divino y ágil Aquiles,
de pie entre los aqueos dijo estas aladas palabras:

“¡Oh amigos, capitanes y jefes de argivos!
Ya que vencer a este hombre me concedieron los dioses,
a éste que causó más daño que juntos todos los otros, (380)
ea, en torno a la ciudad con nuestras armas marchemos
para que sepamos la intención de los teucros:

si abandonarán la acrópolis, puesto que éste ya ha muerto,
o si desean resistir aunque Héctor no exista.
¡Pero por qué tales cosas mi alma discurre? (385)

Yace junto a las naves, cadáver no llorado, insepulto
Patroclo, al cual no olvidaré mientras entre los vivos
yo esté y durante el tiempo que mis rodillas se muevan.
Y aun cuando en el Hades de los muertos se olvidan, (390)
yo también allí me acordaré del compañero querido,

Y ahora, oh hijos de los aqueos, el peán entonando,
a las cóncavas naves regresemos y a éste traigamos.
¡Obtuvimos gran gloria, matamos a Héctor divino (395)
a quien como a un dios dirigían sus votos los teucros!”

Así dijo, y meditaba ultrajes contra Héctor divino.
Entonces de ambos pies horadó los tendones
del talón al tobillo, introdujo boyunas correas,
le ató del carro y dejó que la cabeza arrastrase.
Y subiendo al carro, tras levantar las célebres armas, (400)
azotó a los dos caballos que gozosos volaron.
Y aquél, arrastrando, levantó gran polvareda, el cabello
oscuro esparcióse y la cabeza toda en el polvo
yacía — ¡antes tan bella! — ¡Zeus al enemigo ultrajarla
había concedido, allí, en su tierra paterna!